

un instante más me hubiera privado del mejor amigo.

TORCUATO.

Querido amigo, vuelve otra vez á mis brazos; tú has sido mi libertador. ¡Cuántos y cuán dulces vínculos unirán desde hoy nuestras almas!

JUSTO.

Hijos míos, empecemos á corresponder á los beneficios del rey, obedeciéndole. Vamos á tratar de vuestro destino, y demos gracias á la inefable Providencia, que nunca abandona á los virtuosos ni se olvida de los inocentes oprimidos.

¡Dichoso yo, si he logrado inspirar aquel dulce horror con que responden las almas sensibles al que defiende los derechos de la humanidad!

(BECCARIA, *Delitos y Penas*.)

Fin del Delincuente Honrado.

ELOGIO DE LAS BELLAS ARTES,
PRONUNCIADO EN LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR: Estoy persuadido á que en este instante la mayor parte de los ilustres concurrentes que están á nuestra vista tendrá ocupada su atención, aún más que en la novedad del objeto que nos ha congregado, en la desproporción del orador escogido para hablar en su presencia. Después de haber oído otras veces en este mismo sitio á tantos individuos de nuestro cuerpo ensalzar con floridos y brillantes discursos el mérito y la excelencia de las bellas artes, ¿quién es éste, dirán, que desde el foro viene á consagrar su estéril y desaliñada elocuencia á un objeto tan nuevo para él y peregrino?

Y á la verdad, señores, ¿qué hay de común entre los serios y profundos estudios de un magistrado y el sublime y delicado conocimiento de las bellas artes? Mi espíritu se turba y se confunde al contemplar

que Ciceron, el más elocuente juriconsulto que admiró la antigüedad, se hallaba en un país desconocido cuando, para acusar á Verres de sus robos en la pretura de Sicilia, tuvo que hablar de los artistas y las artes, y que el mismo Verres, que se preciaba de tener un fino y delicado gusto para discernir sus bellezas, se burlaba de la impericia de su acusador y de sus jueces, y los baldonaba con el título de ignorantes é idiotas.

Pero si este ejemplo me debe llenar de confusion, ¡cuánto más deberá turbarme la alteza y dignidad del objeto que nos ha congregado! Cuando le examino de propósito, ¡qué cúmulo de singulares circunstancias no hallo reunidas en él! Este es aquel día que el celo de nuestros mayores consagró al desempeño de la más importante y provechosa obligación de nuestro instituto; el día en que, sentada la justicia entre nosotros, corona con una mano á los tiernos atletas que han lidiado más diestramente en el certámen de aplicacion y de ingenio que les hemos propuesto, y con otra les señala la senda por donde deben caminar hasta la perfeccion; este es, en fin, el día en que España, y áun las naciones amigas representadas en los ilustres individuos que honran este circo, vienen á medir el espacio que han corrido las artes hácia la misma perfeccion, y á calcular por él la ac-

tividad de nuestra aplicacion y nuestro celo.

¡Qué elocuencia, pues, será capaz de llenar debidamente un objeto tan grande y tan sublime! Y cuando, ansioso de responder á la confianza con que vucelencia me distingue, quisiera emplear mi débil voz en alguna materia digna del día, digna de los oyentes y digna de nuestro mismo instituto, ¿dónde hallaré un asunto en cuya dignidad y riqueza puedan esconderse el desalino y la pobreza de mis palabras; un asunto cuya general aceptacion é importancia no deje aparecer la pequenez del orador?

Acaso el gusto que reina en nuestros dias, el motivo de la presente celebridad y la aceptacion de mis oyentes deberian inclinar mi atencion hácia la parte sublime y filosófica de las artes; estudio que ha ocupado en este siglo, no sólo á los sabios artistas, sino tambien á los profundos filósofos. Pero despues que la más penetrante metafisica ha logrado descubrir los recónditos y sublimes principios del gusto y la belleza, ¿qué podría añadir mi pobre ingenio á lo que han eserito tantos dignos literatos de nuestro tiempo? No, señores; contento con meditar sus observaciones y aplaudir sus descubrimientos, yo no seré tan vano, que aspire á colocar mi nombre y mi reputacion al lado de la suya.

Mi discurso seguirá una senda ménos quebrada y peligrosa. El destino de las bellas artes en España, desde su origen hasta el presente estado, será mi único asunto: asunto al parecer trivial y conocido, pero que es todavía capaz de mucha ilustracion. Mas no le trataré como artista ni como filósofo, pues sólo hablaré de las artes como aficionado. Atraído de sus encantos, las buscaré atentamente por el campo de la historia, y despues de haberlas encontrado en los tiempos más lejanos, seguiré cuidadosamente sus huellas, sin perderlas de vista hasta llegar á nuestros dias.

Las bellas artes, cultivadas en varios antiguos pueblos desde los siglos más remotos, promovidas en Grecia desde el tiempo de Pisistrato, y elevadas á su mayor perfeccion en el largo gobierno de Péricles, el protector y el amigo de Fidias, se conservaron en todo su esplendor hasta la muerte de Alejandro, amigo tambien de Apéles, protector de Lisipo y digno apreciador de los artistas y las artes.

Las sangrientas turbaciones que agitaron la Grecia despues de la muerte de Alejandro; las feroces guerras de Pirro y de Perseo y Mithridates, y la total sujecion de una y otra Grecia al duro yugo de los romanos, acabaron casi del todo con las artes griegas.

Los bellos monumentos de escultura y

pintura, de que había tanta copia en las célebres ciudades del Peloponeso, de Achaya y del Epiro, ó perecieron en los estragos de la guerra, ó fueron trasladados á la triunfante Roma. Desde entónces los artistas griegos pasaron tambien á servir á sus vencedores los romanos, que ya contaban entre sus pasiones el lujo y la aficion de las artes. Pero Roma, ni supo conocerlas ni honrarlas debidamente, ni ménos acertó con los medios de fijarlas en su imperio.

Primero alteraron los romanos la sencillez de las artes griegas; luégo empezaron á gustar de los adornos magníficos, y al cabo perdieron todas las ideas de gusto y proporcion. Sabemos por Plinio que el honor de la pintura no pasó del tiempo de Tiberio, y que en el de Trajano ya la habian desterrado de Roma los mármoles y el oro.

La traslacion de la silla imperial á Bizancio en tiempo de Constantino, la ruina de los sepulcros, templos, ídolos, vasos y todos los instrumentos del culto gentílico en el de sus sucesores; la ignorancia, las guerras intestinas, y sobre todo, las irrupciones de los bárbaros del Norte y su establecimiento en el imperio, acabaron con las artes en todo el mundo culto.

Cuando Roma empezó á manifestar alguna pasion por ellas, era ya España una de sus provincias; y á ella, acaso más que á otra

del imperio, extendieron los romanos el influjo de su magnificencia. Por este tiempo se erigieron en España aquellos célebres monumentos, templos, anfiteatros, circo, naumachias, puentes, acueductos y vías militares, cuyas ruinas han sobrevivido al estrago de tantas guerras y al curso de tantos siglos.

Pero las irrupciones de los septentrionales hicieron de nuevo á España un teatro de desolacion y de ruinas. Mérida, Tarragona, Itálica, Sagunto, Numancia y Clunia ofrecen todavía á los curiosos una idea de la magnificencia romana y del espíritu destructor que animaba á los feroces visigodos.

Aquí sería preciso, señor excelentísimo, interrumpir el curso de nuestra oracion y pasar de un salto el vacío que nos presenta la historia de los conocimientos humanos. En este vacío se hunden á un mismo tiempo la literatura, las ciencias, las artes, el buen gusto, y hasta el genio criador que las podia reproducir. Parece que, cansado el espíritu humano de las violentas concusiones con que le habian afligido el desenfreno y la barbarie, dormia profundamente, negado á toda acción y ejercicio, abandonando el gobierno del mundo al capricho y la ignoracia.

En el espacio de muchos siglos casi no encontramos las artes sobre la tierra, y si de cuándo en cuándo divisamos alguno de sus

monumentos, es tal, que apenas nos libra de la duda de su existencia; así como aquel rio que despues de haber conducido penosamente sus aguas por sitios pedregosos y quebrados, desaparece repentinamente de nuestra vista, sumido en los abismos de la tierra, y vuelve á brotar despues de trecho en trecho, no ya rico y majestuoso como ántes era, sino pobre, desfigurado y con más apariencias de lago que de rio.

En medio de las tinieblas que cubrian la Europa en esta época triste y memorable, divisamos á España haciendo grandes esfuerzos por sacudir el yugo de la ignorancia y buscar su ilustracion. En el siglo XII vemos en ella abiertos estudios públicos para la enseñanza de las ciencias y artes liberales; en el XIII aparece la lengua castellana despojada de su antigua rudeza, y cubierta ya de esplendor y majestad. Los poetas, los historiadores y los filósofos la cultivan y acreditan; y, finalmente, un sabio legislador á quien deben eternas alabanzas otras ciencias, produce un código admirable, que será perpetuo testimonio de los progresos del espíritu humano en aquel tiempo.

Por entonces vuelven á aparecer las bellas artes en España, desfiguradas é imperfectas á la verdad, mas no por eso indignas de la especulacion de los aficionados. La arquitectura especialmente ofrece muchos monu-

mentos dignos de admiracion por su inmensa grandeza, por el lujo de sus adornos y por la delicadeza de su trabajo.

Los romanos habian hecho primero más complicados los principios de este arte, añadiendo á los tres órdenes griegos el toscano y el compuesto, y desfigurando despues todos los órdenes con adornos extraños. Los griegos del bajo imperio empezaron á alterar los principios y reglas de proporción de la arquitectura antigua, y los árabes y alemanes, trabajando á imitacion de estos griegos, pero sin ningun sistema cierto de proporción, produjeron dos especies de arquitectura, á la última de las cuales se dió impropriamente el nombre de gótica.

Ambas se ejercitaron en España con esplendor desde el siglo XIII, y aún se ven algunas obras, donde se observa confundido el gusto de una y otra. Parece que esta arquitectura representa el carácter de los tiempos en que fué cultivada. Grosera, sólida y sencilla en los castillos y fortalezas; seria, rica y cargada de adornos en los templos; ligera, magnífica y delicada en los palacios, retrataba en todas partes la marcialidad, la superstición y la galantería que distingió á los nobles de los siglos caballescicos.

Pero sobre todo es admirable en los templos. ¡Qué suntuosidad! ¡qué delicadeza!

¡qué seriedad tan augusta no admiramos todavía en las célebres iglesias de Búrgos, de Toledo, de Leon y Sevilla! Parece que el ingenio de aquellos artistas apuraba todo su saber para idear una morada digna del Ser supremo. Al entrar en estos templos, el hombre se siente penetrado de una profunda y silenciosa reverencia que, apoderándose de su espíritu, le dispone suavemente á la contemplacion de las verdades eternas.

Pero examinad las partes de estos inmensos edificios á la luz de los principios del arte. ¡Qué multitud tan prodigiosa de delgadas columnas, reunidas entre sí para formar los apoyos de las altas bóvedas! Qué profusion, qué lujo en los adornos! Qué menudencia, qué nimiedad en el trabajo! Qué laberinto tan intricado de capiteles, torrecillos, pirámides, templetes, derramados sin órden y sin necesidad por todas las partes del templo! Qué desproporción tan visible entre su anchura y su elevacion, entre las partes sostenidas y las que sostienen, entre lo principal y lo accesorio!

Lo mismo se puede decir de la pintura y escultura contemporáneas. Alguna vez hallamos en las obras de aquel tiempo ciertos rasgos de ingenio que nos sorprenden: nobleza en los semblantes, expresion en las actitudes, gentileza en las formas, grandiosidad en los pliegues; sin que por eso el todo

de las figuras ofrezca á nuestros ojos la idea del gusto y la armonía, que sólo pueden resultar de la más exacta proporcion. Al lado de una figura lánguida y esbelta, se halla tal vez otra enana y reducida. Las edades y los sexos no sedistin guen por la simetría, sino por el tamaño de las figuras; y en fin, los movimientos de aquel tiempo no nos ofrecen la idea de otra proporcion que la que determinaba el ojo del artista.

Y vez aquí, señores, por qué desde el siglo XII al XV se hicieron tan cortos adelantamientos en las artes. Como en ellas no se seguía un sistema fijo y seguro de proporciones, sus progresos, tales cuales fuesen, nunca podían llevarlas hasta la perfeccion. El artista buscaba la belleza en su idea, y girando continuamente dentro de este círculo, donde no existía, se fatigaba en vano sin encontrarla. ¡Cuánto más eficaces hubieran sido sus esfuerzos si, saliendo de aquella corta esfera, se hubiese elevado á estudiar el bello prototipo de la naturaleza!

Pero entre tanto iba llegando el tiempo destinado para la restauracion de las artes. El trato con los griegos, refugiados á Italia despues de la toma de Constantinopla por Mahometo, hijo de Amurátes II, habia adelantado mucho la instruccion de los italianos, y mejorado el arte del dibujo, que ya cultivan con aplicacion desde el siglo an-

tecedente. El célebre Besarion acreditó en Italia, entre otras obras estimables, los libros de Vitrubio, único autor en que los artistas modernos podian estudiar la simetría de los antiguos. Brunelleschi halló en él las proporciones de la antigua arquitectura, y conducido á la observacion de los antiguos monumentos, arregló el nuevo sistema de edificar, que desterró para siempre el gusto bárbaro.

Ya entónces habia nacido al mundo y madurado para las artes el genio de Miguel Angel, su principal restaurador. El ejemplo de Brunelleschi y sus imitadores le pone desde luego en el buen camino, y conduciéndole á las mismas fuentes, le hace estudiar los libros de Vitrubio, observar los restos de las obras antiguas, y subir hasta el trono de la naturaleza, fuente de toda belleza y perfeccion. Desde entónces ejerce con el mayor esplendor la arquitectura, establece las verdaderas proporciones del cuerpo humano, y eleva la pintura y escultura á igual grado de gloria. Rafael, sobre los mismos principios, descubre en el país de las artes nuevas bellezas que se habian escondido á su competidor, y las obras y discípulos de uno y otro fijan y extienden por todos partes las reglas del buen gusto.

Este era el estado de las bellas artes en Italia, cuando la conquista del reino de Ná-

poles abrió á los españoles sus puertas para que entrasen á buscarlas. Ya Pedro Berruguete y el ilustre Fernando del Rincon, pintor de los señores Reyes Católicos, habian empezado á desterrar la manera bárbara, y sembrado en España las primeras semillas del buen gusto. Estos ejemplos sacan á otros españoles de su patria y los conducen á Roma y Florencia, donde agregados á las escuelas de Rafael y Buonarota, estudian sus principios y sus obras, observan cuidadosamente los monumentos antiguos, y ricos de excelente doctrina, vuelven á establecerla y propagarla por su patria.

El genio español hallaba en todas partes poderosos estímulos que le aguijaban en pos de la gloria y la fortuna. La grandeza á que habian elevado la nación los Reyes Católicos, la inclinacion de la nobleza que habia adquirido en las guerras de Nápoles el gusto y las aficiones italianas, y el oro del Nuevo-Mundo, destinado á recompensar el ingenio y el trabajo, inspiraban á los artistas españoles el más ardiente deseo de sobresalir en el ejercicio de las artes.

Bajo el gobierno de Carlos V empezó España á recoger el fruto de esta noble emulacion. Alonso Berruguete, despues de haberse instruido en la escuela de Buonarota, viene á trabajar á Toledo al lado de Felipe de Borgoña y otros flamencos é italianos que el

interés habia atraído á España. Sus obras deslucen á las de sus competidores. Sus discípulos Prado y Monegro siguen religiosamente sus máximas, y ayudado de Covarrubias, Toledo y los Vergaras, fijan entre nosotros el buen gusto.

Cuando una nación, dice cierto filósofo, saliendo de su rudeza, recibe las primeras ideas de orden y comodidad, naturalmente se inclina con preferencia hácia la arquitectura. Así sucedió entre nosotros. Berruguete hizo desde luégo grandes progresos en el arte de edificar, y con sus obras logró desterrar el gusto gótico. Gumiel, Ontañon y Covarrubias le ayudaron en esta empresa, y establecieron aquella arquitectura del medio tiempo, que aunque distaba mucho de la gótica, no llegaba todavía al gusto y majestad de la griega y romana.

El estilo de estos arquitectos no era serio ni grandioso. Conocian ya los órdenes griegos y latinos, y los observaban en sus obras; pero su espíritu no se atrevia aún á remontarse sobre las antiguas ideas, acaso por contemporizar algun tanto con sus apasionados. Habian desechado la filigrana de los adornos góticos, pero sustituyendo otros, aunque más bellos y regulares, siempre ajenos de la sencilla majestad del arte. En estos adornos se descubre el gusto de los grotescos que Rafael habia autorizado en

la pintura. Covarrubias usó de allos con más parsimonia que Arfe y Berruguete, hasta que Toledo y Herrera los desterraron del todo, y acabaron de acreditar el gusto serio y grandioso que descubrimos en sus obras.

Pero Berruguete aspiraba á introducir la reforma en las tres artes, y es preciso recordarle como á su primer restaurador en España. A él se debe el conocimiento de la simetría del cuerpo humano, primer fundamento de la belleza y principio capital del arte del dibujo. Garico, Borgoña y Durero habian establecido en este punto diferentes sistemas. El primero daba á la figura del hombre la proporcion, de nueve rostros; el segundo la de nueve y un tercio, y el tercero la de diez. Cada uno de estos sistemas tenía sus partidarios en España. Berruguete establece una nueva simetría por la observacion del antiguo, la autoriza con sus obras, y atrae á su opinion todos los artistas.

Entre tanto Becerra, empeñado en superar á Berruguete, huye de su escuela á Roma, estudia las obras de Rafael y Miguel Angel, observa cuidadosamente el antiguo sistema, y vuelve á España á disputar á su maestro el título de restaurador del buen gusto. Su simetría era aún más exacta que la de Berruguete; sus figuras más llenas, sus formas más redondas y elegantes.

Los artistas desamparan las banderas de Berruguete, se declaran por las proporciones y el estilo de Becerra, y las artes españolas reciben nuevo esplendor con su enseñanza, con sus obras y con las de Barroso y los Perolas, sus discípulos.

Entónces fué cuando, deseosos nuestros príncipes de domiciliar, las artes en su corte, atraieron á ella gran número de artistas para hermosearla. Becerra, Mingot, Polo, Coello, Leoni y Carducci el mayor enriquecen los palacios del Pardo y de Madrid con obras excelentes. Todo se pintaba en aquel tiempo; todo se llenaba de estucos, de estatuas y adornos exquisitos, en que brillaban á un tiempo el genio de los artistas y la grandeza de los monarcas.

Pero la obra inmortal de San Lorenzo fué sin duda el mejor teatro de gloria que se abrió á los ingenios de aquella época. Felipe II, deseoso de erigir un monumento que atestiguase á la posteridad su devocion y su grandeza, despliega en la fábrica del Escorial todo su poder. La gloria de llenar el espacio de sus vastos deseos coronó entónces á dos famosos españoles, á Toledo y Herrera, de cuyos nombres durará la memoria tanto como la eterna maravilla en que la dejaron vinculada.

Para el adorno del templo, del monasterio y del palacio, acudieron de todas par-

tes los más acreditados artistas. Entre los extraños trabajaron con esplendor Pelegrin de Bolonia, Jácome Trezo y Rómulo Cincinato; pero otros no fueron tan felices, porque al mismo tiempo que los españoles Carvajal, Navarrete, Barroso y Monegro adquirían inmortal fama con sus obras, las de Zúcaro, Cambiaso y el Greco se vieron sucesivamente despreciadas. Parece que la fortuna vengaba el genio español del desaire de no haberle fiado toda la empresa. Aquellos artistas gozaban de una grande reputación en Italia, que no supieron conservar entre nosotros, como sucede á ciertas plantas indígenas de un suelo, que trasplantadas á otro se debilitan y empeoran, producen frutos de poco gusto y suavidad, y acaban perdiendo la virtud de germinar y producir.

A ejemplo de los príncipes, los grandes y señores de la corte apreciaban también las artes, protegían á los artistas y los empleaban en el adorno de sus palacios. El gran duque de Alba y el del Infantado, los marqueses de Tarifa, de Berlanga y Santa Cruz del Viso, el ministro Cobos, los Zúñigas, los Vargas y otros muchos señores dejaron señalados testimonios de su buen gusto en Alba y la Abadía, en Lerma y Guadalajara, en Sevilla, en Berlanga, en el Viso, en Ubeda, en Plasencia, en Toledo

y en otras partes, donde se conservan todavía dignas y respetables memorias de aquel tiempo.

Ya entonces no estaban las artes encerradas en el ámbito de la corte, ni era uno mismo el centro del lujo y la riqueza, y el de la magnificencia y el buen gusto. Las grandes capitales les habían señalado honroso domicilio, y las protegían y alimentaban en su seno. Toledo, Sevilla, Córdoba, Granada, Valencia y otras ciudades tenían sus estudios, que competían con la escuela de la corte, y producían cada día muy buenos profesores. Yo no puedo pasarlas en silencio. La grande extensión del plan que me he propuesto me obliga por una parte á no olvidarlas, y por otra á correr con paso acelerado el campo inmenso que se abre á nuestra vista. ¡Qué muchedumbre de maestros célebres, de famosos discípulos, de obras y monumentos inmortales se ofrecen á nuestra imaginación en este instante! Ojalá tuviera yo el tiempo y la elocuencia necesarias para hacer de todos digna y detenida memoria!

En el renacimiento de las artes fué Toledo, como hemos visto, la cuna del buen gusto. La justicia que acabamos de hacer á los insignes artistas que establecieron allí las buenas máximas nos dispensa de repetir sus nombres. Sólo añadiremos que la

doctrina de Berruguete, Covarrubias, Toledo y Vergara se conservó sin mengua en muchos profesores que salieron de su escuela; que á pesar de su seco y desagradable estilo en la pintura, añadió el Greco mucho esplendor á las artes toledanas, y que sus discípulos Maino y Tristan, herederos de su doctrina, sin serlo de sus extravagancias, lograron allí un distinguido nombre, al mismo tiempo que los Basanes, Orrente y otros hábiles forasteros ilustraban con sus obras aquella antigua capital. Yo he visto en ella una copiosa série de monumentos, donde puede estudiar el curioso el origen, progresos y alteraciones de nuestras artes hasta el día, en que el celo de un prelado patriota y generoso las va restituyendo al esplendor que ántes lograron.

Pero pasando á hablar de Sevilla, permitame vuecelencia que no esconda los sentimientos de aprecio y gratitud con que mi corazón oye el nombre de un pueblo cuyo ilustres hijos han señalado la mejor parte de mi vida con singulares beneficios. Si gran Sevilla; sí, generosos sevillanos, y voy á consagrar mi lengua en vuestro obsequio. ¡Feliz en este instante, en que la verdad me permite pagar á vuestra inclinación el tributo de gratitud y de alabanza que os debo de justicia!

Sevilla había cultivado las artes ántes de

los Reyes Católicos, más como un oficio mecánico que como una profesion noble y liberal. El desgraciado Torregiani, contemporáneo y rival de Buonarota, y los flamencos Flores y Campana, introdujeron en ella la emulacion y el buen gusto. Villegas, en cuyo favor, no sólo hablan sus obras, sino tambien la amistad con que le distinguió Arias Montano y Luis de Vargas, llamado el Jacob de la pintura, porque la buscó apasionado en Italia á costa de dos viajes de siete años, fundaron en su patria aquel famoso estudio, que produjo con el tiempo tan célebres artistas.

Era entónces moda en aquella culta y opulenta ciudad vestir las casas de cierta especie de tapicerías pintadas al temple, á que llamaban sargas. Como este género de pintura no dejaba lugar al arrepentimiento ni á la correccion, y era preciso para ejercitarle, sobre una grande exactitud en el dibujo, mucha destreza en el manejo del pincel, los antiguos pintores de Sevilla adquirieron en su ejercicio aquel valiente espíritu que caracteriza sus obras. Luis de Vargas y sus discípulos trabajaron en sargas con gran crédito, y en esta ocupacion se criaron tambien Luis Fernandez, artista eminente, segun el testimonio de Pacheco; los Castellós, los Vazquez, Valdivieso y el mismo Pacheco, insigne teórico, aunque no tan feliz

en la práctica, más célebre por su enseñanza que por sus obras, y mucho más célebre aún por haber sido suegro y maestro del gran Velazquez.

Este ejercicio y el de las academias de dibujo, que nunca faltaron y fueron siempre muy frecuentadas en Sevilla, conservaron allí por mucho tiempo las buenas máximas, dando cada día nuevo esplendor á las artes.

¡Ojalá pudiese yo hacer digna memoria de todos los insignes profesores de la escuela sevillana! Pero ¿cómo podré olvidar me del doctor Pablo de las Roelas, del digno discípulo de Ticiano, que alguna vez se acercó en el colorido á su maestro, y que le excedió acaso en la invencion, en el dibujo, y en los nobles caracteres de sus figuras. ¿Cómo pasaré en silencio á Zurbaran, al imitador del Carabagio, insigne por la fuerza de claro-oscuro, por la verdad de sus ropajes y por la facilidad de su dibujo? ¿Cómo no hablaré de Murillo, del suave y delicado Murillo, cuyo diestro pincel comunicaba al lienzo todos los encantos de la hermosura, de la gracia? ¡Gran Murillo! yo he creído en tus obras los milagros del arte y del ingenio; yo he visto en ellas pintados la atmósfera, los átomos, el aire, el polvo, el movimiento de las aguas y hasta el trémulo resplandor de la luz de la mañana. Tu nombre es el celebrado de todas las personas de

buen gusto; pero ¿cuánto más lo sería si el buril hiciese más conocidas tus obras!

No es este el lugar destinado para hablar del gran Velazquez ni del célebre Cano, dos grandes lumbreras de la escuela de Sevilla, de que haremos digna memoria en otra parte. Los nombres de los Herreras, los Valdeses, los Caros, de Antolínez, Ayala, Varela y otros muchos nos ocuparían tambien en este elogio si, precisados á seguir los progresos de la pintura en otras partes, nouviésemos que separarnos de los sevillanos y Sevilla.

Al tiempo que Luis de Vargas galanteaba las artes en Italia para atraerlas á Sevilla, otro célebre andaluz, Pablo de Céspedes, hombre verdaderamente singular por su ingenio, por su literatura y sus virtudes, trataba tambien de domiciarlas en Córdoba, su patria. Despues de haber estudiado en Roma las tres artes cuando reinaba en ella el mejor gusto; despues de haber pintado en la Trinidad del Monte al lado de los Zúcaros, de Pelegrin de Bolonia y Perin del Vaga; y, finalmente, despues de haber inmortalizado su nombre restituyendo una bella cabeza á la estatua de su paisano Séneca, vuelve á Andalucía con su amigo César de Arvasia, valiente discípulo de la escuela de Leonardo, y establecen los dos en Córdoba un estudio famoso.

Dedicado continuamente Céspedes á las

artes y á las letras, hizo en uno y otro lo más brillante y progresos. Su poema de la pintura bastaría para darle un lugar muy distinguido entre los amenos literatos y entre los sabios artistas. Pero su pincel no fué menos feliz que su pluma, pues escribía y pintaba con igual inteligencia y gusto. Era exacto en el dibujo, gracioso en las fisonomías, grandioso en los caracteres y sabio en el uso de las tintas. Pacheco y Palomino le reconocen por uno de los maestros del buen gusto en Andalucía; pero todas las artes españolas deben á su doctrina y sus ejemplos una grata y respetable memoria.

Muerto Céspedes, sostuvieron la gloria de las artes en Córdoba sus discípulos Mohedano, excelente fresquista por el gusto de Arvasia; Zambrano, cuyas obras descubren algo de la gran manera de Rafael; Vela, que transmigró á la escuela de Carducci; Contreras, que pintó retratos con mucha corrección y frescura, y Peña, cuyas obras borró del todo la envidiosa mano del tiempo.

Había por aquellos días entre las escuelas de Córdoba y Sevilla una correspondencia tan estrecha, que muchos de sus profesores pertenecen á una y otra, como también la gloria que añadieron al arte. Tales son los Castillos, los Valdeses, y otros que conservaron la buena doctrina en Córdoba

hasta los tiempos de Palomino, hijo de esta escuela, y á cuyos escritos deben mucha parte de su gloria las artes y los artistas españoles.

Entre tanto se iba formando en Granada otro estudio, que en el siglo XVII hizo famoso el nombre de Alonso Cano. Ya en los principios del siglo antecedente habia llevado allí el gusto y las buenas máximas de la escuela florentina el Torregiani; aquel infeliz artista, á quien la eminencia de ingenio, léjos de conducir á la fortuna, le hizo blanco y juguete de la persecucion y la desgracia. Despues de él trabajaron allí sobre el gusto de la escuela romana dos discípulos de Juan de Udina, Julio y Alejandro, que Carlos V envió á pintar en la Alhambra de Granada, deseoso de ilustrar con adornos romanos el mejor monumento de la arquitectura arabesca.

De estos artistas pudo ser discípulo Juan Fernandez Machuca, uno de los fundadores de la escuela de Granada, y que segun Palomino, siguió la gran manera de Rafael. Partió con Machuca esta gloria Pedro de Moya, que educado en la doctrina de Juan del Castillo, se perfeccionó en sus viajes á Inglaterra y Flándes, donde por algun tiempo oyó los preceptos y observó las obras de Wandick. De estas dos fuentes se derivó el suave y agraciado estilo que siguieron

los pintores granadinos de aquella época.

Ya entonces se había formado en Sevilla el hombre eminente que debía levantar al mayor punto de gloria y esplendor la escuela de Granada. Alonso Cano, hijo de un arquitecto granadino, hábil en la profesión de su padre, pero más sobresaliente en la pintura y escultura, descubrió muy temprano su gran destreza en las tres artes. Discípulo sucesivamente de Pacheco, Herrera y Castillo, y siempre superior á sus maestros y á sus contemporáneos, parece que debió sólo á la naturaleza toda su enseñanza. Correcto en el dibujo, exacto en la simetría, gracioso y encantador en el colorido, sus pinturas serán siempre la delicia de las gentes de gusto. No fué inferior la gloria con que cultivó la escultura, de que nos ha dejado admirables monumentos. Pero ¡qué lástima para Granada que tantos talentos se hubiesen eclipsado con las mayores extravagancias! La gloria de la pintura murió con Cano en su patria, sin que hubiese dejado un solo discípulo digno del nombre de tan gran maestro.

Yo quisiera tener un tiempo menos limitado para hablar del estudio de Valencia y sus valientes profesores. Juan Juanez merecería el más distinguido lugar en esta escuela, aun cuando no hubiese sido su primer maestro y fundador. Instruido en Italia en

la doctrina de Rafael, vino á comunicar á su patria los conocimientos que había adquirido. No diré yo, con Palomino, que logró exceder al gran Sancio; tales expresiones se deben graduar como hipérbolas dictados por el efecto nacional; pero siempre alabaré en Juanez la hermosura y suavidad de su colorido, la verdad de su expresión, la gracia, la ternura, la divinidad de sus fisonomías. Parece que sus obras no están pintadas con la mano, sino con el espíritu; pero ¡con qué espíritu tan sábio, tan devoto, tan profundo!

Algo más tarde que Juanez, pasaron á Italia Zarinena y Rivalta, y aplicados á los maestros mas famosos de su tiempo, Ticiano y Aníbal, se hicieron dignos de volver á pintar en Valencia al lado de Juanez. Parece que el segundo abandonó el estilo de su maestro por seguir el de Rafael, á que se acerca mucho más su manera, si ya no debió esta ventaja á los ejemplos que recibió del mismo Juanez. El primero fué un digno imitador del gran Ticiano, y tomó de él aquella gracia y verdad de colorido que es peculiar de su escuela. Valencia debe á estos tres maestros la buena enseñanza de sus artistas; pero sobre todo á Rivalta el padre, que por medio de su hijo y de Espinosa conservó allí por largo tiempo la gloria y el esplendor de la pintura.

Acaso me culpan ya mis oyentes porque tardó en hacer memoria del gran Ribera. Pero ¿qué falta harán mis elogios á un pintor tan celebrado en toda Europa? ¿Quién manejó con mas valentía el pincel? ¿Quién tocó con mas vigor las luces y las sombras? Quién expresó mas vivamente los efectos de la humanidad alterada, ora estuviere marchita por los años, ora macerada con penitencias, ora destrozada y moribunda en la agonía de los tormentos? ¿Habrá por ventura algun espectador de alma tan insensible, que no se llene de un reverente horror á la vista de sus ancianos, de sus anacoretas y sus mártires?

Aunque por diferente camino, adquirió tambien mucha gloria en Valencia uno de los discípulos de Oriente, Estéban Marc, que guiado por la naturaleza hacía los objetos hórridos y fieros, logró expresar con gran verdad la confusion y el horror de los combates. Apénas se pueden considerar sus batallas, sin sentir alguna parte de la conmocion que causaria la misma verdad. Parece que el genio de la guerra daba al pincel de este hombre extraordinario el mismo impulso que pudiera al brazo de un soldado, para hacerle caminar al heroísmo por medio de la carnicería y el destrozo.

Ni pereció del todo con estos profesores la gloria de las artes valencianas. Sotoma-

yor, que pasó de la escuela de Marc á la de Carreño; el erudito Victoria, el malogrado Bruc, Conchillos, Vila, Huerta y otros muchos, conservaron las semillas del buen gusto hasta el tiempo destinado á la renovación de las artes por su ilustre academia y bajo los auspicios de su gran protector Carlos III.

Este nombre augusto vuelve toda mi atencion á la escuela de la corte, y me obliga á suprimir la memoria de otros estudios que florecieron por aquel tiempo en varias provincias. Pero permítame vucelencia que no olvide del todo los ilustres nombre de Martínez, Horfelin, Pertús y Raviela, que ilustraron con sus obras á Zaragoza; ni el del célebre aragonés Jimenez, honor del arte, por su ilustrada y ardiente caridad; que recuerde los nombres de Euguet, Guirró y Juncosa, gloria del principado de Cataluña; el del famoso naturalista Oriente, el vencedor de Caxesi, honor de Murcia, su patria, digno por sus obras y por sus valientes discípulos de eterna fama; el de Cristóbal Morales, lustre de Badajoz, llamado el Divino por haber representado siempre objetos de santidad y devocion; finalmente, los nombres de Salmeron y Vargas de Cerezo y Ledesma de Gonzalez, Pereda y Gil, de Gallegos, Yañez, Valpuesta y Baussá, que ilustraron en varios tiempos á Cuenca,

Búrgos, Valladolid, Salamanca, Almedina, Osma y Mallorca, sus patrias. Yo no puedo detenerme á ponderar las partes en que sobresalieron, ni hacer memoria de otros muchos, que el cronista de nuestras artes vengará algun dia de este silencio involuntario.

La corte de Felipe II, habitada de un príncipe que apreciaba y conocia las artes, de una nobleza ilustrada por su educacion y sus viajes, y de un pueblo rico con el mismo oro que le empobreció despues; donde el comercio y la carrera de las armas hacia cada dia grandes y repentinas fortunas, donde los buenos estudios se promovian y estimaban, las musas agradablesse cultivaban y distinguian, y donde, finalmente, se habia extendido á todas las clases la inclinacion y el aprecio de las artes, era sin duda el teatro mas brillante que jamás pudo abrirse á la ambicion de los artistas.

En los gloriosos reinados de Carlos V y del mismo Felipe, Berruguete, Becerra, Moro y el Bergamasco, que siguieron la escuela de Buonarota; Zúcaro, que formado sobre el estilo de Rafael, fué despues maestro de Carducci, y el gran Ticiano, que dejó vinculado el gusto de su escuela en el Greco, y aún mejor en el canónigo Roelas, fueron los fundadores de la escuela de la corte. Del inmenso número de discípulos

que tomaron la doctrina de estos maestros y la propagaron á otros, permítame vuestre cencia que entresaque solamente aquellos nombres mas dignos de memoria.

Alonso Sanchez Coello, discípulo de Antonio Moro, imitador de Ticiano, y á quien su protector, Felipe II, solia llamar el Ticiano portugués, era merecedor de este nombre por el exacto dibujo y por la belleza de colorido que brilla en sus retratos. Jamás artista alguno se vió favorecido de la fortuna tanto como Sanchez Coello.

Solia Felipe divertirse asistiendo con familiaridad á su obrador, como se cuenta de Alejandro, que reposó alguna vez en el taller de Apéles de sus gloriosas fatigas. Algun dia se vió tambien al monarca español halagando al artista portugués con la misma mano que regia el cetro de dos mundos. Las primeras personas de la corte remedaban con sus obsequios el gusto y la humanidad del Soberano, concurriendo á visitar á Sanchez Coello. El cardenal Granvella, los arzobispos de Toledo y Sevilla, el gran don Juan de Austria, y aún el malogrado príncipe don Carlos, solian hallarse en el cortejo del artista. ¡Raros, pero notables ejemplos, que hacen mas lamentable el vilipendio en que cayeron despues las artes, y deben llenar de confusion y de verguenza á los que no saben apreciarlas!

Muerto Alonso Sanchez, sostuvieron el crédito del arte en la corte de Felipe III, no solo sus discípulos Liano y el delicado Pantoja, sino tambien dos hábiles extranjeros, Bartolomé Carducci y Patricio Caxesi, de cuyas obras, como de las de Sánchez, pereció la mayor parte en el incendio de los palacios del Pardo y de Madrid. Vicente, hermano del primero, y Eugenio, hijo del segundo, fueron tambien herederos de su reputacion y doctrina. Felipe III los empleó con Nardi, el hijo de Cineinato, y otros muchos en la renovacion de los adornos del Pardo, que fué la más brillante palestra de los ingenios de aquel tiempo. El duque de Lerma los atraía á la corte, los recompensaba, y cuidaba á un mismo tiempo de la gloria del monarca y de la fortuna de los artistas. Entonces se llenó tambien Valladolid de obras estimables, y donde quiera que fijaba el Rey su residencia, dejaba durables monumentos de su grandeza y su buen gusto.

Pero la época más señalada en la historia de las antiguas artes españolas fué sin duda el reinado de Felipe IV, príncipe que conversaba con las musas, que entedia y ejercitaba las artes, y se gloriaba de proteger á los poetas y á los artistas. Apenas habia subido al trono, cuando Velazquez, cuyas obras ya admiraba su patria, vino á buscar

en Madrid un teatro más proporcionado á la extension de sus talentos. El Conde-Duque conoce en sus primeros ensayos al mejor artista de su tiempo; le aplude, le anima, le ofrece su proteccion, y se da priesa por granjearle la de la corte y el Monarca. Sus primeras obras, expuestas al público, fijan en un instante su reputacion y su fortuna. ¡Qué día tan glorioso para Velazquez, para Sevilla y para toda España, aquel en que los artistas mismos, á vista del retrato ecuestre de Felipe IV, reconocieron en su pincel el principado de la pintura!

En este triunfo fueron comprendidos pintores naturales y extranjeros. Carducci, Caxesi, Angelo, Nardi, profesores de mérito distinguido ceden tambien á la superioridad de Velazquez. Él solo logra el honor de retratar al Soberano, como otra vez Apéles á Alejandro. Todas las bocas se ocupan en alabanza suya, y hasta el silencio y los susurros de la envidia concurren al aplauso del pintor sevillano.

Tanto se debía á las eminentes calidades que le adornaban; porque quién tuvo más verdad en el colorido, mas fuerza en el claro-oscuro, más sencillez en la expresion, más variedad, más verdad, más sabiduría en los caracteres? Él solo, entre tantos, supo dar á sus personajes aquel aire propio y nacional, á cuyo hechizo no pueden resistirse los ojos

ni el corazón de quien los mira. Él solo por medio de una sabia aplicación de los principios ópticos, expresó los efectos de la luz en el ambiente y los del aire iluminado por ella en los cuerpos, y hasta los vagos intermedios que los separan. Alaben otros, en hora buena, las gracias de la belleza ideal, buscada casi siempre en vano por los correctores de la verdad y la naturaleza, mientras que aplaudiendo sus conatos, damos nosotros á Velazquez la gloria de haber sido singular en el talento de imitarlas.

Nobles jóvenes que estais escuchando, honor, delicia y esperanza de nuestras artes, no os desdaneis de seguir las huellas de tan gran maestro. La verdad es el principio de toda perfeccion, y la belleza, el gusto, la gracia no pueden existir fuera de ella. Buscadlas en la naturaleza, eligiendo las partes más sublimes y perfectas, las formas más bellas y graciosas, los partidos más nobles y elegantes; pero sobre todo, aprended de Velazquez el arte de animarlas con el encanto de la ilusion; con este poderoso encanto, que la naturaleza habia vinculado en los sublimes toques de su mágico pincel. Las obras de Velazquez convertian hácia las artes la atencion de la corte y la nobleza, hacian que todos se gloriasen de protegerlas. Las casas de los grandes y señores, emulando el lucimiento de los reales palacios

se pintaban tambien al fresco y se adornaban con cuadros, estatuas, estucos y bronces exquisitos. ¿Quién podrá referir los nombres de tanto ilustre protector como entonces lograron las artes y los artistas? Los duques de Medinaceli y Medina de las Torres; los condes de Monterey, de Oñate y Benavente; los marqueses de Leganés, de la Torre y Villanueva del Fresno, el príncipe de Esquilache, el Condestable, y sobre todo, el almirante de Castilla, aquel gran Mecénas de los artistas españoles, digno por su celo y su buen gusto de eternas alabanzas, tenían en sus palacios preciosas y abundantes colecciones, que buscaban con ansia y registraban con admiracion los naturales y extranjeros.

Yo no puedo apartar de mi imaginacion aquellos memorables dias en que el desdichado príncipe de Gales, tan célebre por su afición á las artes como por sus ruidosas desgracias, iba reconociendo estas colecciones al lado del famoso Rubens, el amigo de Velazquez y el príncipe de los pintores flamencos. ¡Oh! cuánto tuvieron que admirar uno y otro en el gusto y la magnificencia de nuestros grandes! ¡Con cuánta generosidad ofreció la corte á aquel príncipe las buenas obras que apetecia! Con qué profusion pagaba él mismo las que solo se sacrificaban al interés! Pero el destino habia resuelto que

este ilustre aficionado, léjos de empobrecer, enriqueciese el tesoro de nuestras artes. El mismo sacrilego furor que privó de la vida y la corona al infeliz Carlos I, hizo tambien la guerra á sus gustos y aficiones, y la más preciosa parte de sus pinturas vino, por su muerte, á enriquecer la admirable coleccion del Escorial.

En medio de la gloria que derramaban sobre las artes el genio sublime de Velazquez y los esfuerzos de muchos dignos artistas, se iban poco á poco olvidando las buenas máximas, y sucediendo á ellas la arbitrariedad, que debia un dia desterrarlas de nuestro suelo. Una muchedumbre increíble de ingenios pobres y mezquinos habia entrado en las artes, llevada de la esperanza de sorprender en ellas la fortuna. Sin pasar á Italia, sin observar el antiguo, sin adornarse de los conocimientos necesarios, y lo que es más, sin estudiar por elementos el dibujo, creian que la fuerza sola de su genio les podria levantar hasta la esfera adonde se habian remontado sus deseos.

Este vano empeño solo produjo un enjambre de artistas aventureros, que ejercitando las nobles artes como profesion mecánica y servil, apenas sacaban de ellas una miserable subsistencia, al mismo tiempo que las envilecian. Para vender sus malas obras las exponian en tiendas públicas que eran otras

tantas redes tendidas á la aficion del ignorante vulgo. El Gobierno, que vió de repente confundidas las artes nobles con las mecánicas en el humilde tráfico que se hacia con los productos de unas y otras, juzgó que las debia confundir tambien en el tributo de la alcabala. La pintura estuvo por algun tiempo amenazada de un golpe, que la hubiera sepultado para siempre en el mayor vilipendio, si tres celosos y sábios profesores, el Greco, Nardi y Carducchi no hubiesen defendido su nobleza y ejecutoriado solemnemente su libertad ¡A tanto descrédito habia reducido las nobles artes la codicia de algunos oscuros profesores!

Pero el conocimiento de este mal despertó al fin el designio de remediarle. Ningun recurso mas oportuno que el de erigir un cuerpo permanente, que conservando las buenas máximas, velase siempre sobre la gloria de las artes. En efecto, se concibe y propone el plan de una academia pública para la enseñanza del dibujo y de las ciencias auxiliares y amigas de las artes. El reino junto en cortes examina este plan, le aprueba y clama por su establecimiento. El Conde-Duque se declara protector de la empresa, y el Monarca la autoriza con su sancion. Todo se dispone para el logro de tan loable designio, todo se facilita. Pero ¡qué confusion, qué opróbrio para algunos artistas de aquel tiempo!

¿Será creíble que los obstáculos que frustraron tan gloriosa empresa nacieron de entre los mismos profesores? Por fortuna los nombres de estos enemigos de las artes se hundieron con ello en los abismos del tiempo y del olvido. ¿Quién, si nó, los hubiera librado de la execración de su posteridad?

Entretanto Velazquez descollaba sobre todos sus contemporáneos, y hecho el Atlante de la pintura, sostenía sobre sus hombros toda la gloria del arte. Un viaje que hizo al Escoria en compañía de su amigo Rubens y otro á Italia, seguido al marqués de los Balbases habian extendido maravillosamente la esfera de sus conocimientos por medio del estudio de las obras del Veronés del Tintoretto, Buonarota y Rafael, y por el de los antiguos modelos del palacio de Médicis. Su reputacion era ya superior á los tiros de envidia y á los reveses de la suerte; pero no habia corrido aún todo el campo de gloria que le señalara la fortuna.

Felipe IV, siempre deseoso de promover las artes, forma el proyecto de hacer una coleccion de modelos antiguos y modernos que librase á sus vasallos de la necesidad de ir á buscarlos á Italia. Velazquez, nombrado para esta empresa, se embarca con el duque de Nájera; observa en Génova las obras del Calvo y la célebre estatua de Andrea Doria; pasa á Milan, á Pádua y á

necia, donde recoge algunos cuadros del Veronés y el Tintoretto; vuela de allí á Bolognia, y reeluta á Colona y Miteli, célebres fresquistas, para traerlos á Madrid; reconoce las colecciones de Florencia y Módena; detiénese en Parma á ver las obras del Parmesano, y admirar la prodigiosa cúpula del Correggio, y libre de aquel encanto, abraza en Nápoles al famoso Ribera y llega por fin á Roma. Los retratos de Inocencio X, del cardenal Pamphili, su ministro, y de otros personajes, le granjean el favor de aquella córte. Valido de él, compra algunos originales antiguos y hace sacar modelos de los demas; el Laocoonte, el Hércules de Glycon, la Cleopatra, el Antinoo, el Mercurio, el Apolo, la Niobe, el Gladiator; finalmente, cuanto habia conservado el tiempo de bueno y admirable, todo fué objeto de la observacion de Velazquez, todo lo busca, lo adquiere, lo copia y lo conduce para enriquecer la coleccion de su protector y soberano.

Vuelto á España, se vacian en bronce y se ponen en pie las estatuas y se colocan en el palacio de Madrid para ser algun dia alimento de las llamas. Las pinturas que habia adquirido, las compradas en la almoneda de Carlos I y los que presentaron á su majestad varios señores de la córte, se trasladan al Escorial, donde Velazquez las describe y co-

loca. Todo se hace por su direccion y por su arbitrio. La gracia del Monarca y la estimacion de la corte habian subido al más alto punto, y el retrato de la infanta doña Margarita, milagro del arte, que Jordan llamaba el dogma de la pintura, y de donde el delicado Mengs no sabia apartar sus ojos, acabaron de llenar el espacio que el cielo habia señalado á su reputacion.

¡Ojalá pudiese yo separar de mi discurso la triste memoria de la muerte de este hombre célebre, que por espacio de treinta y siete años fué el mejor ornamento de las artes españolas! Pero la verdad me obliga á recordarla á vuestro honor, y aún á decir que con Velazquez murió tambien en España la gloria de la pintura.

Aunque Carreño, Camilo, Arias y alguno otro se habian distinguido en la escuela de Pedro de las Cuevas, y aventajado á su maestro, Ricci y Roman, discípulos de Caracci, Muzo y Villacis, que lo fueron de Velazquez, sostenian muy débilmente la gloria de sus nombres.

Los demas artistas, entregados á su propia imaginacion, buscaban caminos nuevos para sobresalir entre la muchedumbre, así como hacian, con afrenta de las musas, los poetas de aquel tiempo. Cuál buscaba la sublimidad y hallaba la hinchazon, cuál queria ser correcto y se hacia amanerado, un

huyendo de la vulgaridad, caian en la afectacion, otros, siguiendo demasiado la inclinacion del vulgo, se hacian triviales y groseros. Finalmente, algunos discípulos de Juan del Castillo, en Andalucía, de Marc, en Valencia, y de Cuevas, en Madrid, empezaron á alterar las buenas máximas, y desde entónces, como hubo Góngoras y Silveiras, Vegas y Moltalvanes, Paravicinos y Valdiviesos, que corrompieron y desfiguraron la poesia y la elocuencia, hubo tambien Alfáros, Donosos y Atanasios, que alteraron y corrompieron la pintura.

Lo mismo sucedió con la escultura, Cano, Montañés, Hernandez y Pereira la habian cultivado con esplendor en Granada, Sevilla, Valladolid y Madrid, pero por su muerte apenas quedó alguno capaz de reemplazarlos, si ya no damos esta gloria á Mena y á Roldana.

La ruina de la arquitectura precediera algun tanto á la de las otras artes. Perdió primero la regularidad y el decoro de que habian dado tan buenos ejemplos Toledo, Herrera, el Greco y los mismos Cano y Hernandez, y empezó despues á producir edificios fanfarrones, donde la riqueza del ornato escondia la falta de órden y sistema y deslumbraba al ignorante espectador. Herrera, Barnuevo, Ricci y Donoso pueden contarse entre los que pusieron en boga el

gusto mezquino y embrollado, y abrieron el camino á las extravagancias de Churriguera.

Entre tanto se aparece en Madrid el hombre extraordinario que debia acabar de una vez con los artistas y con las artes españolas. Bien conozco que muchos de los presentes oirán con escándalo su nombre; pero es forzoso pronunciarle. Es forzoso decir que Lucas Jordan fué uno de los destructores de nuestras artes. Esta triste verdad se ha descubierto mucho tiempo há por los buenos observadores de nuestro siglo, y la autoridad y la razon la confirman de un modo incontestable.

Jordan, nacido al mundo con un sublime y elevado talento para la pintura, educado primero en la libre y descuidada escuela de su padre, adelantado despues en la de nuestro Ribera, y perfeccionado finalmente en Roma y en Venecia con el estudio del antiguo y de las obras de los grandes maestros se hizo capaz de aventajarse á cuantos artistas le habian precedido y de reunir en sólo toda la gloria del arte. Poseedor de un talento de imitar en un grado eminente, dotado de una imaginacion la más fecunda y brillante que se ha conocido, prodigiosamente diestro en la ejecucion de sus ideas en el uso de los colores y las tintas y en el manejo del pincel, ¡con qué obras no

quiera inmortalizado su nombre, si en lugar de sacrificar sus talentos al interés y á la fortuna, los hubiese consagrado solamente á la perfeccion y á la gloria!

Pero Jordan fué siempre esclavo de la codicia, y solo pintó para satisfacerla. Despues de haber imitado á Ribera, al Tintoretto, á los Caracis, y aún al mismo Rafael, le vemos preferir el defectuoso estilo de Pedro de Cortona, y seguirle siempre como á su guía y maestro. ¡Ah! Si le júzgamos por la mayor parte de sus obras, ¡cuán diferente le hallamos de lo que pudo ser! ¡Cuánto descuido no se advierte en su dibujo! Cuánta confusion, cuánto bullicio en sus composiciones! ¡Cuán poco decoro en las personas y en las actitudes! ¡Qué uniformidad tan cansada en los semblantes! Yo no puedo dejar de compararle á un célebre poeta de su siglo; Lope de Vega y Jordan fueron muy parecidos en la elevacion de sus talentos y en el influjo que tuvieron en la poesía y la pintura por el abuso de ellos. Dotados ambos de una facilidad incomparable, parece que se contentaban con producir mucho, sin empeñarse en producir bien. Uno y otro publicaban sus ideas originales, sin que el pincel ni la pluma las corrigiesen ni acabasen. Uno y otro arrastraban tras sí los ojos del vulgo, y aún los de muchos profesores, más por la pompa y aparente armonia que

reinaba en sus obras, que por el mérito intrínseco de ellas. Lope llenó nuestros teatros de dramas irregulares y monstruosos, que desterraron de la escena el orden, la verdad y el decoro; Jordan llenó nuestros palacios y nuestros templos de composiciones recargadas, donde el decoro, la verdad y la exactitud se ven sacrificadas á la abundancia y vana ostentacion. El uno hizo de sus imitadores unos poetas insulsos; afectados y charlatanes; el otro de los suyos unos pintores atrevidos, incorrectos y amanerados. Finalmente, los dos desterraron el orden, la regularidad y la decencia de la poesía y la pintura.

Entre tanto la corte, la nobleza, la nacion toda se habia declarado por Jordan, y empezaba á mirar con hastío las obras que con mano juiciosa y detenida trabajaban los pocos partidarios del buen gusto. Claudio Coello, discípulo de la naturaleza y la última esperanza de las artes españolas, apuraba todo su saber en una obra capaz de restituirles el honor que habian perdido. Despues de un prolijo y detenido estudio, presenta al señor Carlos II el admirable cuadro de la *Santa Forma*. A su vista todos aplauden la verdad y la exactitud; pero todos culpan la lentitud y detencion de su trabajo. Como si fuese fácil producir una maravilla en un momento ó como si no fuese disculpable la lentitud de

quien pintaba para la eternidad! En fin, la preocupacion, que habia contagiado desde el primero hasta el último hombre de la corte, hizo que Jordan triunfase, que Coello muriese desairado, y que profetizando la ruina de las artes, llevase consigo al sepulcro la esperanza de su restauracion.

Pero dejémoslas otra vez sumidas en el olvido, y volvamos por un rato los ojos á España, envuelta ya en aquella famosa guerra que aseguró el trono al padre de los Borbones, sus restauradores. Las musas habian huido medrosas de nuestra corte, engolfada en un piélago de proyectos marciales y políticos, y esperaban en silencio que llegasen á su sazón los triunfos de Felipe para volver á descansar á la sombra de sus laureles. Entre tanto el mal gusto hacia tambien la guerra á los bellos monumentos del tiempo antiguo. Las pinturas, estatuas, vasos y otras preciosidades, que antes adornaban los grandes edificios, iban saliendo de ellos poco á poco, y en su lugar entraban las telas, el oro, los cristales y otros adornos, sustituidos por la moda y el capricho. Desde entonces empezamos á mirar con hastío la sencillez de nuestros padres; y cansados de lo que ellos habian tenido en grande estima, feriamos los adornos de moda al cambio de las mejores producciones de las artes.

¡Quién podrá recordar sin lástima aquel

tiempo en que, al favor de la universal confusión iba saliendo de nuestros confines la mayor parte de los preciosos monumentos que tantas personas de buen gusto habían recogido en el largo espacio de dos siglos! ¿Adonde están ahora aquellas copiosas y exquisitas colecciones que honraban otras veces los palacios de nuestros grandes y las casas de nuestros nobles? ¿Qué se ha hecho de aquellos preciosos museos formados á tanta costa, aumentados con tanto afán y poseídos con tanto gusto? Que se abran por un instante á nuestra vista los palacios de la córte y las provincias; entremos de repente en ellos, busquemos las obras de los célebres artistas, recogidas por nuestros abuelos... Pero ¿qué digo? Preguntemos siquiera por aquellas venerables series de retratos que conservaban en otro tiempo á sus poseedores la historia de sus familias y la imágen de sus ilustres ascendientes. ¿Qué se hizo de ellas? ¿Cómo han desaparecido de nuestra vista? ¿A tanto pudo llegar el descuido, que no exceptuásemos del comun menosprecio los semblantes de nuestros mismos abuelos? ¿Por ventura podremos aplicarnos aquella sentencia de Plinio en tiempo de Trajanó? «Desde que nuestras costumbres, decía, no se parecen á las de nuestros mayores, nos curamos muy poco de conservar sus imágenes.»

«La pintura, decía también Plinio, era una arte noble cuando los reyes y los pueblos la sabían apreciar; mas ya han logrado desterrarla los mármoles y el oro. ¡Oh! ¿qué diría si viese nuestras casas, no ya cubiertas de láminas de oro ni adornadas con raras y exquisitas mármoles, sino vestidas de estofas y damascos, ó lo que es peor, de humildes lienzos y de ridículos papeles?»

Pero ¿por qué renuevo á vuecelencia la memoria de una época tan triste para las artes, si el nombre sólo de Felipe nos ofrece la idea de su restauración? Cuando este gran monarca pasó los Pirineos, ya le inflamaba el deseo de restaurar en España las ciencias y las artes; y aun no le libraré del todo de los cuidados de la guerra la célebre paz de Utrecht, cuando ya le vemos ocupado en la ejecución de tan glorioso designio. Casi al mismo tiempo de fundadas las sábias academias, por quienes la lengua castellana, la poesía, la elocuencia y la historia recobraron su primitivo esplendor, levanta en los ásperos montes de Valsain y en el sitio que ocupaba el antiguo alcázar de Madrid dos insignes monumentos, que llevarán su gloria á la más remota posteridad. Los mejores artistas que conocían en su tiempo Italia y Francia, Fermin Tierri, Dumander, Wanló, Procacini, Yubarra, Sacchetti, trabajan en la ejecución de sus

designios. Abre su generosa mano y trae á España la preciosa colección de antiguos monumentos que habfa juntado en Roma la célebre reina Cristina; y deseoso de fijar para siempre las artes en su reino, se dispone á la fundación de una academia.

¿Quién podrá negarte, oh ilustre Villarias, la gloria que es debida al patriótico y generoso afan con que promoviste este designio ante aquel buen monarca; ni á tí, Olivieri, ni á vosotros, celosos miembros de la junta creada por Felipe, la de haber cooperado á los intentos del Soberano y del Ministro? Volved la atencion, oh nobles concurrentes, á ese monumento de gratitud que teneis á la vista, y hallaréis en él perpetuada la memoria del solemne dia que descubrió á toda España la idea de un establecimiento tan glorioso. ¡Ah! La muerte no permitió á Felipe que gustase el fruto de tan generosa proteccion; y transfiriendo á sus augustos hijos el cuidado de coronar sus designios, privó á España de un poder y á las artes de un protector, que vivirá eternamente en su memoria.

Fernando sube al trono, tan ansioso de seguir el ejemplo de su gran padre, que parecia haberle sucedido sólo para cumplir sus intenciones. Apénas le informa Villarias, cuando dispensa una completa aprobacion á los designios de Felipe. El feliz dia de tu

glorioso nacimiento amaneció entonces, ¡oh ilustre Academia! Otro ministro patriota, el esclarecido Carvajal, cuya memoria será siempre grata y respetable en tus fastos, se declara tambien en favor tuyo. A su inspiracion, Fernando te dota generosamente, te da prudentes leyes, te comunica su nombre, y solemnizando con su sancion tu existencia, erige en tí un perpétuo asilo para las artes españolas.

¡Ojalá tuviera yo la elocuencia de Tulio, para perpetuar la memoria de este origen, oh nobles académicos! Ojalá pudiera renovar toda la gloria de aquel dia, en que un grave magistrado anunciaba con voz de oráculo á la nacion española las grandes esperanzas que vuestro celo y aplicacion han realizado! Mas ¿quién será tan insensible al bien de su país, que olvidándose de una época tan señalada, no bendiga continuamente la memoria de Carvajal, el augustó nombre de Fernando, y el perdurable monumento que los conserva á las generaciones futuras.

Yo entro, finalmente, á tratar de la última y más gloriosa época de nuestras artes. Pero al pasar desde el elogio de los muertos á la alabanza de los vivos, ¿habrá acaso entre los que me oyen quien recele que mi boca, consagrada tanto tiempo á un ministerio de verdad y justicia, pueda prestar su voz en este instante á la mentira y á la adulacion?

Mas ¿qué ridículo temor me turba y embaraza? ¿No son cuantos me escuchan fieles testigos de lo que voy á referir? Si, nobles oyentes: yo espero, yo exijo de vosotros que honreis con vuestra aprobacion esta parte de mi discurso; con una aprobacion que imponiendo silencio á la murmuracion y á la envidia, sea el más irrefragable testimonio de la verdad de mis palabras.

Mientras honraba España con abundosas lágrimas la tierna memoria de Fernando, sorprendido por la muerte en la mitad de su carrera, venia desde Nápoles á ocupar su trono el augusto Carlos III; este monarca generoso, á quien ya daba Italia el nombre de restaurador de las artes, por haber ennoblecido con magníficas obras á Nápoles, Portici y Caserta; por haber descubierto y sacado de las entrañas de la tierra dos grandes ciudades de la antigüedad, Pompeya y Herculano; por haber derramado en todo el mundo la noticia de sus bellos monumentos, y finalmente, por haber recompensado á los artistas con una generosidad digna del tiempo y del espíritu de Alejandro.

Cuánta atencion le hubiesen merecido las artes despues de su venida á España lo publica una multitud de grandes y bellos monumentos, erigidos en la extension de sus dominios, donde brillan igualmente la magnificencia y el buen gusto; lo publican estas

mismas paredes, augusto domicilio de la naturaleza y del arte, debido á su beneficencia; lo publican los célebres estudios de Valencia, Barcelona, Sevilla y otras ciudades, fomentados por su generosa proteccion, y las artes fugitivas de las provincias restituidas á su seno; lo publican, en fin, las mismas artes, levantadas bajo su glorioso gobierno á un punto de prosperidad donde no pudieron llegar en las edades precedentes.

Mas ¿para qué buscamos ejemplos distantes de nosotros? Esta misma córte en que habitamos, Madrid, sacaba del abismo de la oscuridad á la luz del más brillante esplendor; renovadas sus calles, sus plazas, sus fuentes y paseos; llena de suntuosos edificios, gallardas fuentes, bellas estátuas, arcos magníficos y toda especie de exquisitos adornos; en Madrid, donde la arquitectura ha recobrado su antigua majestad, la escultura, su grandeza, la pintura su gracia y su decoro, el grabado y todas las artes del dibujo su gusto y elegancia, ¿no será en el venidero el más glorioso y durable testimonio de la magnificencia de Carlos?

Pero hagamos tambien justicia á los instrumentos de su beneficencia, y tejiendo en el elogio de Augusto las alabanzas de Mecénas, aplaudamos el celo del sábio ministro que tenemos presente del que supo convertir una parte de la legislacion hácia

la gloria de las artes; del que ha dado á nuestro cuerpo la suprema magistratura del buen gusto; del que negó al gusto depravado la entrada en nuestras ciudades, en nuestros templos y edificios públicos; del que nos ha perpetuado la posesion de los monumentos del buen tiempo, cerrando nuestros puertos á las obras de los pintores célebres, con que antes hacian un vil comercio, la ignorancia y la codicia. La posteridad, que cogerá todo el fruto de su ilustrada proteccion, hará algun dia á su memoria un elogio más cabal que el mio, sin el riesgo de lastimar su moderacion ni de ofender su modestia.

Aquí debiera yo hacer memoria de los valientes profesores que la penetracion de Carlos supo escoger para el adorno de sus corts y palacios; pero no es tiempo todavía de hablar de los que viven y aumentan con sus obras el patrimonio de su reputacion; cuando quisiera tratar de aquellos cuya fama ha fijado ya la muerte, veo la sombra de un profesor gigante, que desenulla entre los demás y los ofusca: la sombra de Mengs, el hijo de Apolo y de Minerva, del pintor filioso, del maestro, el bienhechor y el legislador de las artes.

Sí, señores; nosotros debemos á Mengs estos honrosos títulos; y cuando yo los atribuyo á su memoria, creo que mi boca es sólo un órgano destinado á hacer la expresion

de nuestros comunes sentimientos. Mas no penseis que Mengs ha muerto para nuestra academia ni para España. Su nombre vive y vivirá en la más distante posteridad. Vivirá en sus discípulos, esperanza de nuestras artes; vivirá en el célebre musco que adorna estas moradas, vivirá en sus divinas obras, vivirá en sus profundos escritos, tesoro de inestimable doctrina, que se puede llamar el catecismo del buen gusto y el código de los profesores y amantes de las artes; vivirá, finalmente, en los elogios que la amistad y la justicia dictaron á un distinguido miembro de nuestra asociacion con cuya florida elocuencia no puede entrar en lid la rudeza de mis palabras.

Y cómo, hablando de Mengs, no haré memoria de uno de sus amigos, del más ardiente partidario de su doctrina y del buen gusto, del celoso viajero que guiado por el patriotismo corre de un cabo al otro nuestra Península, visita sus villas y ciudades, las plazas, los templos, las obras públicas, busca por todas partes los monumentos de las artes, hace conocer y apreciar las obras estimables, ejerce una imparcial y rígida censura contra los abortos de la extravagancia, y persigue y acosa el mal gusto hasta hacerle huir avergonzado de los dominios que habia tiranizado por tantos años?

Sí, ilustre Academia; yo me atrevo á

anunciarte que el feliz tiempo de mirar las artes subidas al ápice de la perfeccion está ya muy cercano. Tú ves difundido por todo el reino y comunicado á todas las clases el amor y aprecio de sus bellezas, que es el mejor anuncio de su prosperidad. Una centella de este amor, desprendida del corazon de Carlos, ha bastado para inflamar todos los corazones. ¿Y quién pudiera resistirse á la influencia de tan ilustre ejemplo?

Pero ¿no tenemos á la vista otro ejemplo, que es la más segura prenda de nuestras esperanzas? El primogénito de Carlos, delicia y esplendor de la nacion española, ¿no es el primero y el más ardiente apasionado de nuestras artes? ¡Con cuánto laudable afan recoge sus monumentos! ¡Con qué delicado discernimiento los distingue y aprecia! ¡Con cuanta generosidad emplea y recompensa, con cuanta bondad alienta y estimula á nuestros artistas! ¡Oh augusto príncipe! si acaso mi humilde voz puede subir á la encumbrada esfera donde habitas, dignate oír la propicio, pues te habla á nombre de las mismas artes que proteges! Continúalas, oh generoso Carlos, esta benigna proteccion, que tanto las ensalza y en que está cifrada la esperanza de su prosperidad. Reconoce la influencia de tu ejemplo en el ansia con que todos le imitan. Mira á tu digno hermano, al serenísimo Gabriel, uniendo á la proteccion de las

letras este mismo amor á los bellos monumentos de las artes. Mira la mayor parte de la nobleza de España, los jefes de la Iglesia y de los pueblos, las comunidades y cuerpos públicos, animados del mismo espíritu. Inspira, oh príncipe venerado, inspira al augusto Infante, al hijo de la patria y su más dulce esperanza, inspírale, con tus virtudes y las de tu excelso padre, tu aficion y la suya á nuestras artes; para que creciendo y educándose en ellas, se eternice algun día entre nosotros su esplendor y su gloria.

¡Felices vosotros, amables jóvenes, que empezais á coger el fruto de vuestra aplicacion á vista de unos príncipes que saben estimar vuestros sudores! Felices, por haber nacido en un tiempo en que los sublimes principios de las artes están ya generalmente reconocidos, y en que los partidarios de la preocupacion y la ignorancia huyen desde su campo á las banderas del buen gusto! Felices, por haber estudiado en un suelo en que podeis observar de noche y dia los ejemplares griegos, las obras de vuestros ilustres paisanos, y sobre todo, la naturaleza, primer modelo y prototipo de las artes! El honor, que es su mejor alimento; el honor, dulce y gloriosa recompensa de los artistas, ya no os abandonará en vuestra carrera. Este ilustre cuerpo está encargado de su

conservacion. Vosotros sois los hijos de sus desvelos; vuestra gloria es suya, y despues de haber coronado los primeros esfuerzos de vuestro ingenio, habeis adquirido un derecho inamisible á su generosa proteccion.

Ve aquí, noble Academia, la primera obligacion de nuestro instituto, y ve aquí tambien el primer objeto de mis exhortaciones. Si mi débil voz, sin el auxilio de los conocimientos técnicos y sin el aparato de la elocuencia, se ha atrevido á pintar el inmenso cuadro que representa el destino de las artes desde su origen hasta el presente estado, sólo ha sido para poner á tus ojos la série de causas que han influido otras veces en su elevacion ó su ruina. Tú las has visto nacer en el siglo de oro de la nacion, prosperar hasta la época del mal gusto, caer precipitadamente en vilipendio, hasta que el padre de los Borbones pudo volver hácia ellas una parte de su atencion; reflorcer en los reinados de Felipe y Fernando, y levantarse en el de Cárlos III á un punto de esplendor que nunca habian conocido. A tí te toca velar de hoy más sobre su gloria y prosperidad. Un continuo desvelo en establecer y propagar las buenas máximas, en hacer sangrienta guerra á las obras de bárbaro y depravado gusto, en promover la aplicacion y el honor de los artistas, harán

que nuestras artes, protegidas por nuestros príncipes, estimadas por nuestros nobles y apreciadas por todas clases del Estado, suban á tu vista á un punto de esplendor y de gloria que no te deje envidiar los tiempos de Alejandro, de Augusto, de Leon X y de Felipe II.